



De Florida a Alaska: tres siglos de legado español en Estados Unidos

POR Manuel Trillo Lodeiro

UN TERRITORIO INMENSO

» **E**l 3 de junio de 1790, en una ceremonia con las formalidades acostumbradas, **el leridano Salvador Fidalgo, teniente de navío de la Armada Española**, tomaba posesión en nombre de Carlos IV de una desangelada y fría bahía a miles de kilómetros de la Península Ibérica.

La bautizó como Córdova, en honor del capitán general de la Marina, Luis de Córdova. **Más de 200 años después, en ese mismo punto de lo que hoy conocemos como Alaska** reposa una apacible villa pesquera, a la que solo se puede acceder por barco o avión, que conserva el nombre que Fidalgo dio al lugar. Otros muchos topónimos en aquellas remotas regiones, como Valdez, Bucareli o Revillagigedo, permanecen también como testimonio de una época, no tan lejana, en que **España alcanzó su máxima extensión territorial en Norteamérica**.

En aquellos años de finales del siglo XVIII, mientras Estados Unidos todavía daba sus primeros balbuceos como nación, **la soberanía de la Corona española se extendía sobre millones de kilómetros cuadrados**, desde la tórrida Florida hasta el último confín del subcontinente norteamericano. Entre uno y otro extremo, sus posesiones incluían la inmensa Luisiana, al oeste del Misisipi; las áridas tierras de Texas, Nuevo México y Arizona, y toda la región a orillas del Pacífico, incluyendo las actuales California, Oregón, Washington y el oeste de Canadá.

CLAVES

- ✓ Ponce de León llegó a Florida en 1513 e inició más de 300 años de presencia española en lo que hoy es Estados Unidos.
- ✓ La expedición de Vázquez de Coronado de 1540 descubrió el Gran Cañón y Juan de Oñate fundó Nuevo México en 1598.
- ✓ Con la cesión de la Luisiana por Francia en 1763, España amplió en dos millones de kilómetros cuadrados su territorio en Norteamérica.
- ✓ La Santa Expedición abrió en 1769 el asentamiento español en la Alta California, que llegó hasta las costas de Alaska y Canadá.



En 2019 se cumplen **250 años de la Santa Expedición**, inicio del establecimiento definitivo de los españoles en la Alta California, y 200 de la firma del tratado Adams-Onís, por el que Florida pasaría a Estados Unidos. Se trata de dos excelentes oportunidades para recordar que España arribó a este suelo mucho antes de que los anglosajones se asentaran en América del Norte y que siguió ampliando sus dominios durante casi tres siglos. Desde que en 1513 comenzó la exploración de la península floridana hasta que la última bandera se arrió en 1821, **los españoles asumieron el desafío histórico de abrir al resto del mundo unos parajes hasta entonces desconocidos**, dejando una profunda huella que aún perdura en Estados Unidos de costa a costa.

LA FLORIDA, MÁS ALLÁ DE LA FUENTE DE LA JUVENTUD

La aventura española en el actual territorio continental de Estados Unidos comenzó en la primavera de 1513, cuando **Juan Ponce de León, oriundo del pequeño Santervás de Campos** (hoy provincia de Valladolid), desembarcó en lo que creía una isla a la que llamó la Florida, bien por ser descubierta en Domingo de Resurrección (Pascua Florida) o bien por su naturaleza exuberante. La leyenda asocia su llegada a estas costas con la búsqueda de **una mítica fuente que “remozaba a los viejos”, en palabras del Inca Garcilaso**, aunque la persecución de ese manantial de la juventud por el descubridor más bien parece un malintencionado infundio fabricado años después de su viaje.

Sea como fuere, desde la llegada de Ponce de León hasta que los españoles consiguieron establecerse realmente en la Florida **pasarían décadas de exploraciones plagadas de penalidades y desenlaces trágicos**. Su propio descubridor encontró la muerte tras regresar allí en 1521 a causa de un flechazo de los caribes.

Pocos años después, el toledano Lucas Vázquez de Ayllón, oidor de la Audiencia de Santo Domingo, recorrió parte de la costa atlántica, posiblemente hasta la bahía de Chesapeake, y **estableció en 1526 el primer asentamiento europeo en tierras de lo que hoy es Estados Unidos: San Miguel de Gualdape** (a veces se cita como Guadalupe). Se desconoce a ciencia cierta dónde estaba, aunque unos lo sitúan en Georgia y otros en Virginia. Sin embargo, los ataques de los indígenas, la dureza del clima y la falta de comida sentenciaron su destino. **Tres cuartas partes de los 600 integrantes de la expedición perecieron, el propio Vázquez de Ayllón entre ellos**, y San Miguel fue abandonado para siempre.

En 1528 lo intentó el castellano Pánfilo de Narváez, al frente de unos 300 hombres. **Echó pie a tierra en la zona de la bahía de Tampa, en el golfo de México**, y tras una penosa caminata hacia el norte en la que se enfrentó a los nativos y a una región pantanosa e infestada de caimanes, salió de nuevo a la costa. Allí esperaba hallar a su flotilla, a la que había ordenado navegar a su encuentro, pero nadie le aguardaba. Con los hombres que le quedaban, construyó unas barcas con las que tratar de volver a México. Los frágiles botes acabaron barridos por tormentas implacables y **Narváez, como la mayor parte de quienes le acompañaban, murió sin ver cumplidas sus expectativas**.

España arribó a este suelo mucho antes de que los anglosajones se asentaran en América del Norte y siguió ampliando sus dominios durante casi tres siglos.

Uno de los escasos supervivientes de esta desgraciada expedición fue **Álvar Núñez Cabeza de Vaca**, tesorero y alguacil mayor de Narváez y protagonista de una de las gestas más asombrosas en la historia de la colonización de América del Norte. Tras naufragar con una de las barcas, vagó durante ocho años por territorio norteamericano, fue esclavizado por las tribus que encontró y ejerció entre ellas de mercader y curandero. **Este andaluz –seguramente de Jerez– recorrió a pie miles de kilómetros por tierras de Florida, Texas y México**, hasta regresar a Culiacán el 1 de mayo de 1536 junto a tres compañeros de fatigas, Andrés Dorantes, Alonso del Castillo y el “negro” Estebanillo. Dio fe de su odisea en una apasionante crónica que, aunque trufada de elementos novelescos, **es uno de los mejores testimonios que nos han llegado de la exploración de Norteamérica**.



Una de las empresas más ambiciosas en esas décadas de exploración fue la del impetuoso extremeño **Hernando de Soto**, curtido como lugarteniente de Francisco Pizarro en el Perú. Con el título de adelantado de la Florida, **desembarcó en 1539 en un lugar próximo a donde lo había hecho Pánfilo de Narváez** y marchó al frente de más de 600 expedicionarios a lo largo de más de 6.000 kilómetros por lo que hoy es territorio de una decena de estados. Después de tres años de búsqueda infructuosa de riquezas, enfrentamientos con aborígenes, disputas internas y enfermedades, De Soto falleció y su cuerpo quedó depositado en el lecho del Misisipi. Los supervivientes alcanzaron México en 1543. **En 1987 fueron hallados en Tallahassee, actual capital de Florida, restos del campamento de invierno de la expedición.** En ese y otros estados, Hernando de Soto es hoy una figura legendaria que da nombre a innumerables calles, parques, ciudades y condados.

El primero que consiguió fundar un asentamiento que perviviera varios años fue **Tristán de Luna y Arellano**. Oriundo de Borobia, un pequeño pueblo soriano azotado por el cierzo a la sombra del Moncayo, **encabezó en 1559 una armada de once naves con 1.500 efectivos a bordo** que partió de Veracruz y desembarcó en lo que hoy es Pensacola, en el noroeste de Florida. Allí levantó el poblado de Santa María, que sobrevivió a los huracanes hasta 1561, cuando fue abandonado. Hace tres años el derribo de una casa puso al descubierto por azar los restos de aquel primitivo asentamiento en Pensacola, **una ciudad orgullosa de su pasado donde lucen banderas rojigualdas a la puerta de las casas de su barrio histórico.**

Hernando de Soto es hoy una figura legendaria que da nombre a innumerables calles, parques, ciudades y condados.

Tras esta sucesión de tropiezos, **los españoles lograron al fin en 1565 asentarse definitivamente en Florida.** Un grupo de franceses hugonotes había osado plantar un fuerte en la costa y Felipe II envió a su mejor navegante, el asturiano **Pedro Menéndez de Avilés**, para acabar con aquellos intrusos herejes y dejar sentado quién era dueño de las tierras que pisaban. Menéndez cumplió con eficacia su misión. Despejó la zona de franceses y el 8 de septiembre de ese año fundó la que sigue siendo **la ciudad habitada sin interrupción más antigua de Estados Unidos: San Agustín.**



Estatua de Pedro Menéndez, fundador de San Agustín (Florida), durante el 450 aniversario de la ciudad, en 2015.

Imagen: Manuel Trillo

Durante siglos, y a costa de grandes sacrificios, **España defendió aquel lugar de los ataques de piratas y ejércitos de las colonias británicas.** En su formidable castillo de San Marcos, icono del pasado hispano de Estados Unidos, se sigue izando cada mañana la antigua bandera española con la cruz de Borgoña en homenaje a quienes llevaron hasta Norteamérica la cultura europea.

Al año siguiente de la fundación de San Agustín, 1566, Menéndez de Avilés instaló otro poblado, Santa Elena, unos cientos de kilómetros al norte, **en lo que ahora es**



el estado de Carolina del Sur. Estaba destinado a tener un papel central en la Florida española (entonces mucho más extensa que el estado actual con ese nombre), pero en 1587 fue definitivamente abandonado en favor de San Agustín. Los restos de la antigua Santa Elena se hallan en el subsuelo de unos terrenos militares en Parris Island, donde los arqueólogos han descubierto el antiguo fuerte que protegía la población. En la cercana localidad de Beaufort se inauguró en 2016 un ilustrativo museo que explica cómo **también ese rincón del Sur profundo de Estados Unidos fue territorio español.**

Salvo un breve periodo en el siglo XVIII en manos británicas, **la Florida fue parte de España a lo largo de más de 300 años,** hasta que en 1821, conforme al tratado Adams-Onís dos años antes, se incorporó a la nueva potencia emergente, los Estados Unidos de América. **Lo vaticinó el conde de Aranda en 1783, cuando escribió a Carlos III:** “Esta república federal ha nacido pigmea, por decirlo así, y ha tenido necesidad del apoyo y la fuerza de dos potencias tan poderosas como la Francia y la España para conseguir su independencia. **Vendrá un día en que sea gigante, un coloso terrible en esas comarcas.** Olvidará entonces los beneficios que ha recibido y no pensará más que en engrandecerse”. Su primer paso, auguró, sería “apoderarse de las Floridas para dominar el Golfo de México”.

EL GRAN CAÑÓN Y LAS EXPLORACIONES “TIERRA ADENTRO”

Los relatos de Cabeza de Vaca sobre sus vivencias con los indígenas avivaron el mito de las “siete ciudades de Cibola”, **una serie de pueblos de ensueño que se imaginaban repletos de riquezas** y cuya leyenda hundía sus raíces en la invasión árabe de la Península en el siglo VIII, cuando unos obispos habrían huido con grandes tesoros para evitar que cayeran en manos de los infieles. El anhelo de que esa historia fuera realidad estimuló **la exploración “tierra adentro” de una inmensidad todavía ignota en el siglo XVI** y que hoy abarca estados como Arizona, Nuevo México, Texas, Oklahoma o Kansas.

El primer virrey de Nueva España, Antonio de Mendoza, encargó en 1539 un viaje de reconocimiento al franciscano **Marcos de Niza**, al que entregó como guía a Estebanillo, el “negro” que había acompañado a Cabeza de Vaca en su errante periplo. Fray Marcos se adentró en la polvorienta Arizona, **donde diría haber divisado desde**

un cerro una de las legendarias siete ciudades. “Tiene muy hermoso parecer de pueblo, el mejor que en estas partes yo he visto”, aseguraba, añadiendo que “la población es mayor que la ciudad de México”.

Estebanillo iba abriendo camino unas cuantas leguas por delante, aprovechando para hacer acopio a su paso de cuantas turquesas y mujeres podía obtener de los oriundos. Sus excesos empezaron a despertar lógicos recelos, hasta que finalmente, después de haber sobrevivido a ocho años de penurias con Cabeza de Vaca, **fue a acabar sus días asesinado por culpa de sus desmanes.** El religioso franciscano decidió poner pies en polvorosa y regresar a México, donde su calenturiento magín hizo circular fantásticos **bulos sobre pueblos rebosantes de oro y piedras preciosas,** que excitaron aún más las ansias de los novohispanos de hacerse con las maravillas de Cibola.

Con tal propósito, el virrey Mendoza envió con la mayor presteza a un joven valor en alza, el salmantino **Francisco Vázquez de Coronado**, al mando de unos 300 soldados y gran número de nativos, además del propio fray Marcos. La ambiciosa expedición se puso en camino en febrero de 1540 desde Compostela, capital de Nueva Galicia, provincia de la que Vázquez de Coronado era gobernador. **Tras avanzar cientos de leguas por desoladas parameras y sufrir su despiadado clima, las prodigiosas ciudades no aparecían por ningún sitio.** Tan solo algunas “rancherías”, poblachos diseminados por una geografía inclemente.

El padre Niza se volvió de nuevo a México, según un testimonio porque “no se tuvo por seguro quedar en Cibola, viendo que había salido su relación falsa en todo, porque ni se hallaron los reinos que decía, ni ciudades populosas, ni riquezas de oro, ni pedrería rica que se publicó, ni brocados, ni otras cosas que se dijeron por los pulpitos”, si bien otra versión achaca su retorno a una enfermedad que acabaría con su vida.

Pero la expedición de Vázquez de Coronado no fue en balde y **permitió conocer lugares nunca antes hollados por europeo alguno.** Uno de sus hombres, el capitán Garcí López de Cárdenas, se topó durante una marcha con una escarpada “barranca” en la que “fue imposible por una parte ni otra hallarle bajada para caballo, ni aun para pie, sino por una parte muy trabajosa, por donde tenía casi dos leguas de bajada”. Según las descripciones que han llegado hasta nosotros, estaba “tan acantilada de peñas que apenas podían ver el río, el cual, aunque es, según dicen, tanto o mucho mayor que el de Sevilla, de arriba aparecía un arroyo”. **Aquel fastidioso obstáculo natural que acababa de descubrir era, ni más ni menos, el Gran Cañón del Colorado.**



De manera simultánea a la expedición terrestre de Vázquez de Coronado, el navegante **Hernando de Alarcón** fue enviado como apoyo por barco. Remontó un tramo del río Colorado, al que él llamo de la Buena Guía, desde su desembocadura en el mar de Cortés, pero **sin conseguir contactar con los hombres del explorador salmantino.**

Entre los grandes nombres propios del asentamiento español en el interior norteamericano figura de forma destacada el de **Juan de Oñate, el fundador de Nuevo México**, provincia de la que fue su primer gobernador, así como capitán general y adelantado. Oriundo de Zacatecas, encarnaba una nueva generación de conquistadores nacidos ya en el Nuevo Mundo que contribuirían a expandir las fronteras heredadas.

La fundación de Luisiana en 1682 por René Robert Cavelier, señor de La Salle, suponía una clara amenaza.

En 1598 condujo hasta el corazón del actual suroeste norteamericano una abigarrada caravana de 83 carromatos que transportaban a centenares de personas –soldados, religiosos, mujeres y niños–, así como 7.000 cabezas de ganado y semillas de variados cultivos. Tras alcanzar el río del Norte (río Grande) el 30 de abril de aquel año, día de la Ascensión de Nuestro Señor, clavó con sus manos una cruz y tomó posesión de la tierra. Además, el Viernes Santo tuvo lugar una procesión del silencio y los soldados se flagelaron como penitencia, un rito que todavía se mantiene vivo en Nuevo México gracias a la **Cofradía de los Hermanos de la Luz**, cuyos miembros se azotan las carnes en el tiempo de Pascua.

Oñate cruzó la corriente con su interminable convoy por donde ahora está la localidad texana de El Paso y **se instaló en un pueblo de los tewas al que se llamó San Juan de los Caballeros.** El feliz estreno de este primer asentamiento en Nuevo México se celebró con una semana de festejos, en la que hubo juegos de cañas y sortijas, una comedia de moros y cristianos e incluso toros, según recoge en un célebre poema épico **Gaspar Pérez de Villagrà**, capitán en las filas de Juan de Oñate y testigo directo de aquellos acontecimientos.

Pero no todo fue diversión y armonía fraternal con hospitalarios anfitriones. Según Villagrà, el cacique Zutacapan instigaba así a los fieros guerreros queres:

*O mueran tristemente miserables
Aquestos atrevidos que enderezcan
Sus mal seguros passos á nosotros*

El brutal asesinato a golpes de macana del sobrino y maestre de campo de Oñate, Juan de Zaldívar, **motivó como represalia el asalto en 1599 al inexpugnable Peñol de Acoma**, una aldea encaramada en lo alto de una imponente roca donde habitaban los queres. La batalla fue feroz. El hermano de la víctima, el sargento mayor Vicente Zaldívar, se puso al frente de los españoles, que incendiaron el pueblo e **infligieron a los belicosos acomenses un duro castigo.**

Siguieron décadas de relaciones pacíficas con los nativos, muchos de los cuales se integraron en la cultura y religión cristiana de los recién llegados a través de las misiones. En la propia Acoma se construyó una iglesia bajo la advocación de San Esteban que todavía hoy se puede visitar, la más antigua que se conserva en Nuevo México.

Poco a poco la provincia se fue consolidando. Para ello fue clave el papel del **Camino Real de Tierra Adentro**, la vía de comunicación abierta por el pionero zacatecano por la que llegaban las carretas con productos y nuevos pobladores desde el centro del virreinato.

Al poco de establecerse en San Juan de los Caballeros, Juan de Oñate había trasladado su cuartel al vecino San Gabriel. **Pero esa sede duró poco más de una década, ya que un nuevo gobernador, Pedro de Peralta**, lo sustituyó en 1610 por otra 50 kilómetros al sur: Santa Fe. Más de cuatro siglos después, esta ciudad de coquetas casas de adobe y añejo sabor español es la evocadora capital del estado de Nuevo México.



TEXAS, ANTES DE LA BATALLA DEL ÁLAMO

Las primeras exploraciones españolas en Texas se remontan también al siglo XVI, **pero fue a finales del XVII cuando el dominio de aquella inhóspita región comenzó a hacerse realidad**, como respuesta a la irrupción francesa en el Misisipi. La fundación de Luisiana en 1682 por René Robert Cavelier, señor de La Salle, suponía una clara amenaza, no solo por la competencia comercial, sino **porque desde allí se podría atacar México o Panamá.**

Para poner freno a los inesperados vecinos, Alonso de León encabezó una serie de partidas, **en las que el franciscano Damián Massanet fundó en 1690 la misión de San Francisco de los Tejas**, palabra tomada de los nativos que significaba “amigos”. Si bien este centro evangelizador tuvo una corta duración, dado su escaso éxito en las conversiones y el azote de las enfermedades, el nombre de Texas ha permanecido con el tiempo para designar el estado de la estrella solitaria.

El abandono de la misión, unido al asesinato de La Salle en un motín, **hizo que España perdiera interés por la zona durante un tiempo.** Sin embargo, la fundación de dos asentamientos franceses en el golfo de México, Biloxi en 1699 y Mobile en 1702, reactivó el poblamiento español de Texas en 1716, con la apertura de nuevas misiones.

El 1 de mayo de 1718 el franciscano Antonio de Olivares erigió la de San Antonio de Valero, **que tendría un papel determinante en la historia de Texas.** Fue el germen de la actual ciudad de San Antonio, la segunda más poblada del estado. Pero es famosa sobre todo porque en 1836, **ya secularizada y rebautizada como El Álamo, rebeldes texanos se atrincheraron en su interior** y lucharon hasta la muerte contra las tropas del general mexicano **Antonio López de Santa Anna**, un episodio que el cine y la televisión se han encargado de envolver en un halo de leyenda.

LA INCORPORACIÓN DE LA LUISIANA

Tras perder la Guerra de los Siete años frente a Gran Bretaña (1756-1763), **Francia cedió a España el gigantesco territorio de la Luisiana**, más de dos millones de kilómetros cuadrados al oeste del Misisipi que alcanzaban por el norte hasta Canadá y por el sur hasta el golfo de México. Gestionar tan vasta región, poblada por nativos

hostiles y franceses recelosos, no iba a resultar sencillo, pero permaneció bajo soberanía española hasta **su devoción en 1803 a Napoleón, que a su vez se la vendió a Estados Unidos.**

La Luisiana desempeñó un papel clave en la ayuda a los rebeldes americanos en su **lucha por la independencia de Gran Bretaña (1775-1783)**, ya que por el Misisipi se les hacía llegar armas, municiones y otros suministros. Pero no solo eso. El gobernador de Luisiana, el malagueño de Macharaviaya **Bernardo de Gálvez**, se lanzó desde Nueva Orleans a capturar diversas plazas en manos británicas, entre ellas Mobile y Pensacola, **acciones que contribuirían a inclinar la guerra del lado de los sulevados.**

En el caso de Pensacola, protagonizó en 1781 una épica proeza que le valió el lema **“Yo solo”**, al adentrarse con su bergantín en la bahía que protege la ciudad bajo el fuego de los cañones enemigos, **que bramaban sin cesar desde lo alto de las Barrancas Coloradas.** Ante la negativa del oficial que mandaba la escuadra, José Calvo de Irazábal, a cruzar la barra que daba acceso a la ensenada, el gobernador de Luisiana había anunciado, en una frase para la historia: **“El que tenga honor y valor que me siga. Yo voy por delante con el Galvestown para quitarle el miedo”.** Una vez en la bahía, lideró a las tropas en el ataque a los fuertes británicos de Pensacola, hasta la rendición de los defensores dos meses después, el 10 de mayo de 1781.

Aguas arriba del Misisipi, el ceutí **Fernando de Leyba** defendió además con uñas y dientes la remota San Luis (hoy Misuri) frente a un salvaje ataque lanzado por Gran Bretaña y ejecutado en 1780 por cientos de guerreros de tribus aliadas. En caso de haber triunfado el asalto, **los británicos podrían haberse hecho con el gran río norteamericano**, tal vez cambiando para siempre el mapa de los Estados Unidos.

CALIFORNIA Y LA CONQUISTA DEL PACÍFICO

En los turbulentos años de Hernán Cortés, una nave llamada *Concepción* fue enviada desde México a explorar la Mar del Sur (el océano Pacífico). Pero la travesía no transcurrió precisamente sobre una balsa de aceite. El piloto, el vizcaíno Fortún Jiménez, se amotinó y liquidó a su capitán, Diego Becerra. Al asumir el mando, siguió navegando hasta que, **en 1534, dio con lo que pensaba era una larguísima isla frente a los actuales estados mexicanos de Sonora y Sinaloa**, aunque en realidad se

trataba de una península. A aquella tierra se la empezaría a conocer con un nombre prestado de una novela de caballerías, “Las Sergas de Esplandián”: California.

Las expediciones continuaron. En 1539, Francisco de Ulloa dobló el cabo San Lucas, en el extremo sur de la península descubierta por Fortún –hoy estado mexicano de Baja California–, y enfiló por primera vez la costa norteamericana del Pacífico. **Abría así el camino a siglos de exploración española del interminable litoral del noroeste americano**, desde México hasta Alaska.

En 1542 Juan Rodríguez Cabrillo fue el primero en surcar las aguas frente a la costa de la actual California estadounidense, **descubriendo la bahía de San Diego y rebasando los 38° Norte**. El infortunio hizo que un accidente se llevara por delante la vida de Cabrillo en plena exploración. Su piloto Bartolomé Ferreló tomó el relevo y prosiguió hasta más allá del cabo Mendocino, por encima de los 40°N.

Isidro de Atondo y Antillón y el jesuita Eusebio Francisco Kino fueron los primeros europeos en cruzar la península de la Baja California.

En las décadas siguientes, la conquista de Filipinas y la necesidad de encontrar un puerto de escala para los galeones de Manila en su largo viaje **empujaron a los españoles a seguir explorando**. Pero había más incentivos: la búsqueda de un paso marítimo hasta el Atlántico, la esperanza de recolectar perlas con las que obtener pingües ganancias y la defensa frente al entrometimiento en aquellas aguas de Francis Drake y otros piratas ingleses. Así pues, no faltaban motivos para que en 1602 Sebastián Vizcaíno encabezara una minuciosa inspección de la costa californiana hasta el cabo Mendocino, **en la que descu-**

briría la bahía de Monterrey, un abrigo ideal para las naves que, además, ofrecía abundante agua dulce, madera y caza.

Las exploraciones terrestres llegarían más tarde. El navarro Isidro de Atondo y Antillón y el jesuita de origen italiano Eusebio Francisco Kino **fueron en diciembre de 1684 los primeros europeos en cruzar la península de la Baja California**, confirmando que no se trataba de una isla.

Pero el verdadero impulso a la colonización de la Alta California –es decir, de la costa oeste norteamericana– vendría de la mano de **José de Gálvez**, visitador general de Nueva España desde 1765 y tío del conquistador de Pensacola. Para lograr ese objetivo **fue clave el establecimiento en 1768 del puerto de San Blas**, en el actual estado mexicano de Nayarit, como base naval para las exploraciones.

Al año siguiente Gálvez organizó la Santa Expedición, una doble travesía por tierra y mar para **ocupar definitivamente la Alta California**. Por una parte, los paquebotes *San Carlos* y *San Antonio*, al mando de Vicente Vila y Juan Pérez, zarparon desde el sur de la Baja California con rumbo a San Diego. En el caso del primero, **la travesía estuvo plagada de dificultades y tardó el doble que el otro en llegar a su destino**, con todos sus hombres aquejados de escorbuto y otros males. Ambos capitanes tenían órdenes de hacerse de nuevo a la vela para ir hasta Monterrey, pero, ante el lamentable estado de los tripulantes, se quedaron en el puerto a esperar a las caravanas que venían por tierra.

La expedición terrestre se dividió en dos grupos. Uno estaba liderado por el novohispano **Fernando de Rivera y Moncada**, que llegó a San Diego el 14 de mayo tras conducir por un terreno abrasador vacas, caballos, mulas y víveres obtenidos de las misiones de Baja California. El otro contingente lo encabezaba el gobernador de California, el leridano **Gaspar de Portolá**, al que se unió el franciscano mallorquín Junípero Serra. Este religioso había llegado al Nuevo Mundo en 1749 y, tras la expulsión de los jesuitas en 1767, **fue nombrado responsable de las misiones bajacalifornianas**. Portolá llegó a San Diego el 29 de junio y fray Junípero dos días después. El 16 de julio de 1769 el fraile fundó la misión de San Diego de Alcalá, la primera de la Alta California y origen, junto con un presidio, de la actual ciudad californiana de San Diego.

Mientras, Portolá marchó al norte en busca del puerto de Monterrey, acompañado entre otros de Fernando de Rivera, el sargento Francisco de Ortega y varios dragones



de cuera y soldados de la Compañía de Voluntarios de Cataluña. Al llegar a su supuesto objetivo, **las descripciones con las que contaban no se ajustaban del todo a la bahía que tenían ante sus ojos**, más amplia de lo que se habían figurado. Así que el 1 de noviembre salió el sargento Ortega con una avanzadilla para comprobar si había otra ensenada. Al poco tiempo se dio de bruces con un extenso brazo de mar que se metía tierra adentro y le impedía seguir la marcha hacia el norte. **Acababa de descubrir la formidable bahía de San Francisco.**

El 3 de junio de 1770 por fin se tomó posesión formal de Monterrey y se fundaron el presidio y la misión de San Carlos Borromeo. A partir de ahí la presencia española en la Alta California se fue afianzando con los años. Fray Junípero llegó a crear nueve misiones y su labor fue continuada por otros religiosos hasta ponerse en marcha un total de 21, que alumbraron conocidas ciudades californianas como Santa Bárbara, Santa Clara o las citadas Monterrey y San Diego. El mallorquín, elevado a los altares por el papa Francisco en 2015 por su labor misionera, es **el único español representado en el Salón Nacional de las Estatuas en el Capitolio de Washington**, donde Estados Unidos reconoce a sus figuras más sobresalientes.

Pero para garantizar el futuro de la Alta California era indispensable facilitar la llegada de suministros y –no menos importante– de mujeres con las que formar familias, ya que, como apuntara en 1772 el ingeniero Miguel Costansó, las gentes de San Diego y Monterrey vivían “condenadas a un perpetuo e involuntario celibato”. Para acabar con ese aislamiento era necesario **encontrar una alternativa al viaje desde la Baja California**, que tanto en barco como por tierra era una pesadilla.

Lo consiguió **Juan Bautista de Anza y Becerra**, capitán del presidio de Tubac, en la actual Arizona, que en 1774 abrió una ruta viable desde Sonora. Con la ayuda del jefe de los yuma, bautizado como Salvador Palma, Anza atravesó los ríos Gila y Colorado y sorteó las letales dunas del desierto, rodeándolas por el suroeste. Tras encontrar agua y pastos en las faldas de Sierra Nevada, **halló un paso para cruzar la cordillera, alcanzó San Diego y desde allí, siguiendo la costa, Monterrey.** Regresó a Tubac casi cinco meses después y tras haber recorrido 769 leguas. Gracias a su hazaña, la provincia prosperó y **siguió siendo española hasta la independencia de México en 1821.**



Antiguo presidio español en Santa Bárbara (California).
Imagen: Manuel Trillo

ALASKA Y CANADÁ: ESPAÑA, EN EL FIN DEL MUNDO

Salvo historiadores y marinos, **pocos vincularían hoy día la helada Alaska o el oeste canadiense con España.** Pero hubo un tiempo, en las últimas décadas del siglo XVIII, en que sus navegantes exploraron a conciencia y tomaron posesión de aquellas lejanas costas, que aún conservan en la toponimia **la huella inconfundible de su pasado hispano.** Mientras Estados Unidos daba todavía sus primeros pasos como nación independiente en el este de Norteamérica, en el otro extremo los españoles seguían poniendo en el mapa nuevas tierras e izando en ellas su bandera.

El interés de España por reafirmar su dominio sobre aquellas regiones, que consideraba parte de la Alta California, se avivó por la entrada en escena de un nuevo competidor: Rusia. Ya en 1761 el marqués de Almodóvar, embajador en San Petersburgo, **había informado de una**

incursión rusa en 1741 a cargo del danés Vitus Bering, cuyos hallazgos despertaron un apetito inusitado por el negocio de las pieles de nutria. Nada más subir al trono imperial en 1762, la zarina Catalina II impulsó en secreto otras expediciones, aunque el nuevo embajador, el vizconde de la Herrería, estaba al tanto y **alertó de sus intenciones en una serie de cartas en 1764 y 1767**. Su sucesor, el conde de Lacy, continuó esa eficaz labor de espionaje y remitió en 1772 y 1773 informes de nuevas campañas, **lo que terminó de poner en alerta a las autoridades españolas**.

El virrey de Nueva España, **Antonio María Bucareli y Ursúa**, recibió desde Madrid el encargo de organizar expediciones al Noroeste para comprobar de primera mano cuál era la situación real sobre el terreno. Con ese fin, el ministro de Estado, Jerónimo Grimaldi, anunció el envío a San Blas de “mozos expertos y hábiles” con quienes “trillar aquellos mares hasta Monterrey y más arriba si pudiese ser”.

Mientras llegaban esos refuerzos, el elegido para la primera travesía española por el Pacífico septentrional fue el piloto mallorquín Juan Pérez. Partió sigilosamente en enero de 1774 a bordo de la fragata *Santiago* con 80 tripulantes, **sin revelar a nadie su destino para evitar indiscreciones**. Tras recalar en San Diego y Monterrey, se adentró más allá del cabo Mendocino y, aunque no alcanzó los 60° de latitud norte ni tomó posesión de nuevas tierras, como se le instruyó, esta primera gesta no estuvo exenta de logros: llegó hasta unos 55°, divisó la actual isla canadiense de Vancouver y descubrió en sus alrededores el puerto de Nutka, al que llamó surgidero de San Lorenzo, además de bautizar como Sierra Nevada de Santa Rosalía el majestuoso monte Olympus, en el actual estado de Washington. **La vía hacia el norte había quedado inaugurada**.

Al año siguiente se puso en marcha la segunda expedición con los oficiales llegados expresamente desde la Península, **que traían consigo avanzados instrumentos astronómicos**, como agujas azimutales, péndulo y telescopio, para una observación lo más precisa posible de las nuevas costas. El teniente de navío bilbaíno Bruno de Heceta, a bordo de la *Santiago*, se puso al frente de una flotilla, que incluía la goleta *Felicidad*, al mando del **teniente de fragata Juan Manuel de Ayala y Aguirre** y con el también teniente de fragata Juan Francisco de la Bodega y Quadra como segundo, así como el paquebote *San Carlos*, bajo las órdenes del teniente de navío Miguel Manrique, que **tenía como única misión reconocer el puerto de San Francisco**.

Las tres embarcaciones se hicieron a la mar en San Blas el 16 de marzo de 1775, **pero al poco de zarpar el capitán del *San Carlos* empezó a desvariar**. Según recogió Bodega en su diario, Manrique “demostraba no estar en su entero juicio” y “ni por sangrías ni por otras medicinas que se le aplicaron encontró alivio, antes más, se enfurecía y empeoraba”. Tras pasar la noche “hecho un mar de lágrimas, poseído de fuertes manías y aprensiones”, y amanecer “de la misma suerte”, se le consideró “inapto para el mando” y en una junta el resto de oficiales determinaron enviarlo a tierra. Ayala se hizo cargo del paquebote, mientras que la goleta pasó a manos del propio Juan Francisco de la Bodega y Quadra, **que se acabaría convirtiendo en el verdadero protagonista de la expedición**.

**Aquellas lejanas
costas aún
conservan en la
toponimia la huella
inconfundible de su
pasado hispano.**

Este intrépido navegante, nacido en Lima en 1744 y formado en la Escuela de Guardiamarinas de Cádiz, pronto demostró su audacia y dotes de mando. Mientras que Heceta decidió dar la vuelta tras alcanzar los 49° Norte, debido a la escasez de víveres y los estragos del escorbuto a bordo, **el nuevo comandante de la *Felicidad* siguió adelante en solitario con la misión**.

Él mismo cuenta en su diario cómo llegaba a poner al límite tanto su embarcación como a sus hombres. Un día que los vientos “refrescaron fuertemente”, experimentó “hasta dónde llegaba el aguante de la goleta y el espíritu” de sus tripulantes. Dispuso “forzar la vela, y fue tanto el temor que concibieron, viendo su demasiado tumbar, que fingían alguna dolencia por pasarse por este motivo a la fragata”. **Él mismo reconoce que “los infelices” tenían “bastante razón para temer”**, pues llevaban “continuamente bañando dos tablas de la cubierta” y los incesantes



golpes de mar por barlovento no daban “lugar para estar secos”. Bodega, pese a todo, estaba convencido de que era “forzoso el aguantar, pues de lo contrario nunca se cumpliría la expedición”.

En otro pasaje, rememora su arrebatado de cólera al enterarse de que, mientras él y el piloto se habían retirado a descansar, sus subordinados acortaron vela porque “refrescó algo más la brisa”. Según recuerda, “habían arriado la mayor y tomado un rizo”, al igual que la fragata. “Deseoso de quitarles el miedo –relata–, salí y mandé se largase el rizo e izasen la vela y, mostrándoles enojo, les dije que ninguno sin mi permiso volviese en adelante a arriar un palmo de vela, que ya estaba avergonzado de verlos tan pusilánimes y cobardes, que era bajeza indigna en los hombres demostrar tener tan apocado espíritu, que qué confianza podría tener, ni qué debía esperar de

Para consolidar la posesión de Nutka, España envió en 1790 una nueva expedición encabezada por el teniente de navío Francisco de Eliza.

ellos en alturas crecidas, donde es preciso que los mares y vientos sean con mayor fuerza y mal aparato, si ahora con tiempos claros aparentaban tanta timidez”. Desde el día de semejante rapapolvo, dice haber apreciado en sus hombres un “nuevo espíritu” y deseos de seguirle “en cualquier destino”.

Pero el viento no fue el único peligro. Otro día, refiere el marino peruano, seis expedicionarios que fueron a tierra en una canoa para reponer agua y leña se vieron atacados por “más de trescientos indios” que “salieron de los montes de improviso” y “los asesinaron traidoramente”. **Desde la goleta, fondeada a demasiada distancia,**

no pudieron hacer nada por salvarlos. Una vez levado el ancla, y siendo el viento escaso, los nativos trataron de abordar el barco desde sus canoas y los hombres de Bodega se vieron obligados a abrir fuego para repelerlos.

A pesar de todas las dificultades que los españoles hubieron de afrontar, esta segunda expedición logró sobrepasar los 58°N, tomar posesión en diversos puntos y bautizar buen número de accidentes geográficos. **Algunos, como la bahía de Bodega en California o la bahía de Bucareli en Alaska, aún conservan su nombre español.**

No se hallaron, sin embargo, los temidos asentamientos rusos, por lo que el virrey confiaba en que no había un peligro inminente. Sin embargo, un viejo rival de España empezaba a mostrar interés por el Pacífico norte: Gran Bretaña. **El capitán James Cook exploró las costas de Canadá y Alaska en 1778 en busca del anhelado paso que conectara con el Atlántico.** No lo halló, pero en su recorrido rebautizó como Nutka el fondeadero de San Lorenzo descubierto por Juan Pérez cuatro años antes y atravesó el estrecho de Bering, internándose en el Ártico.

Al año siguiente partió **una nueva expedición española, comandada por Ignacio de Arteaga** e integrada por las nuevas fragatas *Princesa* y *Favorita*, esta última traída por Bodega desde el puerto de El Callao, en su Perú natal. **Esta vez llegaron hasta los 60°N, bautizando nuevos lugares** y tomando posesión de una isla a la entrada de la bahía del Príncipe Guillermo y de la bahía de Nuestra Señora de Regla, cerca de la península de Kenai. En cambio, seguía sin haber rastro de los rusos ni tampoco de Cook.

Por aquel tiempo España entró en guerra con Gran Bretaña, lo que alteró súbitamente las prioridades: **las expediciones al Noroeste quedaban suspendidas hasta nueva orden.** Sin embargo, el interés extranjero en la zona no remitió. En 1786 se recibió por todo lo alto en Monterrey al francés conde de La Pérouse, que venía dando la vuelta al mundo con fines científicos, aunque aprovechaba también para sondear el comercio de pieles. En su visita, **La Pérouse alertó a los españoles de los progresos de los rusos,** que se habían instalado ya en varios enclaves, lo que llevó a retomar de nuevo las expediciones.

El 8 de marzo de 1788 zarparon de San Blas el alférez de navío sevillano Esteban José Martínez, a bordo de



la fragata *Princesa*, y el piloto Gonzalo López de Haro, al mando del *San Carlos*, con rumbo a la bahía del Príncipe Guillermo, donde tomaron posesión de nuevos territorios. **Y ahora sí, ambos descubrieron varios puestos rusos, por lo que regresaron de inmediato para informar.**

Era urgente tomar medidas y ocupar definitivamente Nutka. Solo dos semanas y media después de regresar de su expedición, Martínez y López de Haro se hicieron de nuevo a la mar con el encargo de **levantar en aquel fondo un establecimiento permanente.**

Por entonces, también los ingleses rondaban esas aguas atraídos por el negocio peletero. Ese mismo 1788 el comerciante John Meares echó el ancla en el propio puerto de Nutka y levantó un pequeño almacén como base para sus operaciones. **Por si fuera poco, ahora se sumaban a la carrera los estadounidenses,** que también querían su trozo del pastel y se dejaron ver por allí con un par de barcos.

Nuevas exploraciones profundizaron en la inspección detallada de ese canal y otros accidentes de la costa de Alaska y Canadá, con la esperanza todavía de hallar el soñado paso entre el Pacífico y el Atlántico.

Cuando Esteban José Martínez llegó a Nutka el 5 de mayo de 1789, **se encontró con el paquebote *Iphigenia Nubiana*, que tenía bandera portuguesa y capitán de esa misma nacionalidad.** Sin embargo, este era un mero hombre de paja y en realidad la nave era propiedad del inglés Meares. El oficial sevillano se preparó para apresarlos, aunque finalmente lo dejó marchar con condiciones hacia

Macao por falta de gente para llevarlo a San Blas.

En las semanas siguientes fueron arribando a Nutka otros tres navíos del mismo comerciante. Esta vez Martínez acabó confiscando los tres, incluido el del jefe de la flotilla, James Colnett, **con quien discutió airadamente sobre la soberanía del enclave.** Este incidente, aparentemente menor, estaría a punto de desencadenar una nueva guerra con Gran Bretaña poco después.

Mientras, cumpliendo las órdenes que llevaba, Martínez hizo levantar el pequeño fuerte de San Miguel, defendido por diez cañones, **que se convertiría durante unos años en el principal bastión de los españoles en la región.**



Por Manuel Trillo

Imagen: Manuel Trillo

Para consolidar la posesión de Nutka, España envió en 1790 una nueva expedición. **En esta ocasión la encabezaba el teniente de navío Francisco de Eliza, natural de El Puerto de Santa María, a bordo de la fragata *Concepción*.** Le acompañaban el también teniente de navío Salvador Fidalgo con el *San Carlos* y el alférez de navío Manuel Quimper en la *Princesa Real*, uno de los barcos confiscados a los británicos. Llevaban consigo una compañía de voluntarios catalanes para ocuparse de la custodia del puerto.

Una vez en Nutka, Fidalgo fue enviado al norte a continuar las exploraciones y localizar puestos rusos. Así fue como le cupo a este marino de la Seo de Urgel **la gloria de alcanzar las mayores latitudes en que España**



ha llegado a plantar jamás su bandera. El 3 de junio de 1790 tomó posesión del puerto de Córdova, hoy Orca Inlet, al este de la bahía del Príncipe Guillermo, al que seguirían otros recónditos lugares de Alaska, como los puertos de Valdés, Gravina y Revillagigedo o la ensenada de Menéndez.

Como recogió en un diario que se conserva en el Museo Naval de Madrid, **Fidalgo creyó hallar allí “un volcán de nieve, de bastante extensión, con la rara particularidad de estar situado al nivel del mar”**, que “despedía desde su centro con un ruido estrepitoso, como de truenos”, enormes “pedazos de nieve”, “a imitación de una bomba cuando es despedida del mortero”. En realidad, se trataba del estruendo que causaban al quebrarse los bloques de hielo del cercano glaciar Columbia.

Salvador Fidalgo mostró además grandes habilidades a la hora de sonsacar información a los rusos que fue encontrando en su recorrido. **Se ganaba su confianza con regalos e invitaciones en su barco a buenas cenas regadas con vino** y lograba así que le revelaran sus planes.

Por su parte, el tercer miembro de la expedición de 1790, Manuel Quimper, **se ocupó de recorrer el estrecho de Juan de Fuca**, entre la isla de Vancouver y la costa continental canadiense. En los años siguientes, nuevas exploraciones profundizaron en la inspección detallada de ese canal y otros accidentes de la costa de Alaska y Canadá, con la esperanza todavía de hallar el soñado paso entre el Pacífico y el Atlántico. **Una de ellas fue la que llevó a cabo en 1791 Alejandro Malaspina**, como parte de su formidable expedición científica alrededor del mundo. La última expedición española al Noroeste, a cargo de Francisco de Eliza y Juan Martínez y Zayas, zarpó de San Blas el 30 de abril de 1793.

EL PRINCIPIO DEL FIN: LA CONVENCION DE NUTKA

Londres había puesto el grito en el cielo al tener noticia del apresamiento de los barcos de John Meares en 1789. No solo se negaba a reconocer los derechos españoles en el Pacífico norte, sino que, azuzado por informes falsos del comerciante inglés, **exigía la devolución inmediata de los barcos y bienes incautados**. En medio de un duro rifirrafe diplomático, ambos países iniciaron los preparativos de guerra. Sin embargo, España no estaba en disposición de embarcarse en otro conflicto bélico, menos aún sin poder contar ya con la ayuda de una Francia en plena revolución. Así que se avino a un humillan-

te acuerdo, la **Convención de Nutka**, negociada por el conde de Floridablanca y suscrita en El Escorial el 28 de octubre de 1790. **Era el principio del fin de la presencia en aquellas tierras donde con tanto esfuerzo España había hecho ondear su pabellón.**

En ese tratado, aceptaba restituir a los británicos “los edificios y distritos de terreno” de los que se les hubiera desposeído e incluso abría la puerta a compensaciones, al tiempo que **reconocía la libertad para navegar, pescar, comerciar y fijar establecimientos en “parajes no ocupados”**. No quedaba claro, sin embargo, hasta dónde alcanzaban las posesiones españolas.

Entonces reapareció una vez más la figura de **Juan Francisco de la Bodega y Quadra**. Ahora comandante del Departamento Marítimo de San Blas, fue enviado a Nutka en 1792 en la Expedición de Límites, como comisionado para zanjar el conflicto y fijar la frontera de las posesiones de España. Su contraparte, el inglés George Vancouver, reclamaba “ser puesto en plena posesión” de ese fondeadero y del puerto de Cox. Pero Bodega se mantuvo firme en la defensa de la soberanía española y **recalcó una y otra vez que no le entregaría la propiedad del terreno**. No obstante, de acuerdo con la correspondencia que se intercambiaron, le ofreció “ceder generosamente a la Inglaterra las casas, oficinas y huertas que con tanto afán se han cultivado” y retirarse a Fuca, que quedaría como “punto divisorio desde el cual para el norte sea común la libre entrada, uso y comercio”, “sin que puedan formarse otros sin permiso de las respectivas cortes, ni pasar al sur de Fuca los ingleses”.

Ante la falta de acuerdo, la disputa quedó de momento en tablas. Pese a la tensa negociación entre los representantes español y británico en Nutka, **ambos mostraron una cordialidad exquisita, como reflejan sus cartas**. Ejemplo de ello es que la enorme isla al oeste de la provincia canadiense de la Columbia Británica se llamó inicialmente de Quadra y Vancouver, aunque con el tiempo se borraría la primera parte del nombre y se quedaría con su topónimo actual.

El final de la presencia española en el Noroeste americano vino influido por los agitados acontecimientos en París, ya que **la ejecución en la guillotina de Luis XVI propició una alianza con Gran Bretaña en contra de la Francia revolucionaria**. En 1793 se fijaron indemnizaciones para Meares y al año siguiente, con la firma del Tratado de Madrid, España cedía Nutka a Gran Bretaña, que a su vez renunciaba a la soberanía. En 1795 el coronel español José Manuel de Álava y el teniente bri-

tánico Thomas Pearce izaron y arriaron simbólicamente la bandera británica. A continuación, los españoles desmantelaron sus instalaciones y se marcharon. **Era el triste adiós a una época gloriosa.**

España había sido capaz de alcanzar el final del mundo. Y ya no solo con una soberanía nominal reconocida por las antiguas bulas papales otorgadas a los Reyes Católicos, **sino con todos los derechos de propiedad que conferían la exploración y la toma de posesión formal.** Entre Alaska y el sur de Florida hay cerca de 7.000 kilómetros de distancia, lo que da idea del descomunal territorio que llegaron a abarcar las posesiones españolas en Norteamérica y del esfuerzo titánico que requería conservarlas.

Tras el abandono de Nutka comenzaría un repliegue paulatino. **Poco a poco, la presencia en el resto de la Alta California iría también languideciendo,** hasta que en 1821 pasó a ser parte de un nuevo país: México. Ese mismo año se ejecutaba la venta de la Florida, con lo que España ponía fin a más de tres siglos de fecunda historia en lo que hoy día conocemos como los Estados Unidos de América.

En 1821 se ejecutaba la venta de la Florida, con lo que España ponía fin a más de tres siglos de fecunda historia en lo que hoy día conocemos como los Estados Unidos de América.

EL AUTOR

Manuel Trillo Lodeiro (Valladolid, 1972) es periodista y escritor. Desde hace más de 24 años trabaja en el diario ABC, donde ha ejercido, entre otros puestos, como delegado en Aragón, jefe de la redacción digital, jefe de sección de Sociedad y corresponsal en Miami. En la actualidad, desempeña su labor en el área de Internacional, además de ser autor de numerosas informaciones y reportajes sobre la historia de los españoles en Estados Unidos. En 2015 publicó "La costa de los rebeldes" (Stella Maris), crónica de un recorrido por la historia a lo largo del litoral atlántico norteamericano, desde Boston hasta los confines de Florida.

AGRADECIMIENTOS

Los fondos del Museo Naval, la biblioteca Tomás Navarro Tomás del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC y la biblioteca Manuel Alvar de Madrid y la inestimable labor de su personal han sido de gran ayuda en la elaboración de este informe, por lo que expresamos nuestra más sincera gratitud.



BIBLIOGRAFÍA

- **Anza y Becerra, Juan Bautista de**, “**Diarios de las expediciones a la Alta California (1774, 1775-1776)**”, edición de Ángel Luis Encinas Moral, Miraguano Ediciones, Madrid, 2013.
- **Arias, David**, “**Las raíces hispanas de los Estados Unidos**”, Fundación Mapfre, Madrid, 1992.
- **Bodega y Quadra, Francisco de la**, “**El descubrimiento del fin del mundo (1775-1792)**”, edición de Salvador Bernabeu Albert, Alianza Editorial, Madrid, 1990.
- **Cardelús, Borja**, “**La huella de España y de la cultura hispana en los Estados Unidos**”, Centro de Cultura Iberoamericana (CCI), Madrid, 2008.
- **El Inca Garcilaso**, “**La Florida**”. Introducción y notas de **Carmen Mora**, Alianza Universidad, Madrid, 1988.
- **Encinas Moral, Ángel Luis (editor)**, “**Crónica de la expedición de Francisco Vázquez de Coronado a las grandes praderas de Norteamérica**”, Miraguano Ediciones, Madrid, 2016.
- **Fuster Ruiz, Francisco**, “**El final del descubrimiento de América. California, Canadá y Alaska (1765-1822)**”, Universidad de Murcia, Murcia, 1998.
- **Gannon, Michael (editor)**, *The new history of Florida*, University Press of Florida, Gainesville (Florida, EE.UU.), 1996.
- **Hilton, Sylvia L.**, “**La Alta California española**”, Fundación Mapfre, Madrid, 1992.
- **Kling, Stephen L., Sjostrom, Kristine L. y López, Marysia T.**, *The battle of St. Louis, the attack on Cahokia, and the American Revolution in the West*, THGC Publishing, San Luis (Misuri, EE.UU.), 2017.
- **Martínez Laínez, Fernando y Canales Torres, Carlos**, “**Banderas lejanas**”, Edaf, Madrid, 2009.
- **Middleton, Richard, y Lombard, Anne**, *Colonial America. A history to 1763*, Wiley- Blackwell, Chichester (West Sussex, Reino Unido).
- **Monge, Fernando y Olmo, Margarita del (editores)**, “**Las ‘Noticias de Nutka’ de José Mariano Mociño**”, Ediciones Doce Calles, Aranjuez (Madrid), 1998.
- **Núñez Cabeza de Vaca, Álvaro**, “**Nafragios**”, edición de Trinidad Barrera, Alianza Editorial, Madrid, 1985.
- **Odom, Wesley S.**, *The longest siege of the American Revolution: Pensacola*, Wesley S. Odom, 2009.
- **Reparaz, Carmen de**, “**Yo solo. Bernardo de Gálvez y la toma de Panzacola en 1781**”, Serbal, Barcelona, 1986.
- **Ruidíaz y Carabia, Eugenio**, “**La Florida. Su conquista y colonización por Pedro Menéndez de Avilés (Madrid, 1893)**”, edición facsímil, Editorial Maxtor, Valladolid, 2013.
- **Ruiz Rodríguez, Ignacio**, “**Políticas y disputas por el control de la Alta California: españoles, ingleses y rusos en litigio por el control de un territorio casi infinito**”, Dykinson, Madrid, 2011.
- **Trillo Lodeiro, Manuel**, “**La costa de los rebeldes**”, Stella Maris, Barcelona, 2015.
- **Villagrà, Gaspar de**, “**Historia de Nuevo México**”, edición de Mercedes Junquera, Dastin, Las Rozas (Madrid), 2001.

The Hispanic Council

The Hispanic Council es un think tank independiente que promueve las relaciones entre la comunidad hispana de Estados Unidos y España.